

EL ABAD DE CLARAVAL Y LA VOCACION RELIGIOSA EN EL SIGLO XII: *Epistola prima*

Rosa Luisa Rubio de Hernández
Instituto Riva-Agüero

Fue probablemente en 1119 que San Bernardo escribe a su primo Roberto¹ la llamada Epistola prima². El motivo de tal misiva era la presencia de este último en uno de los monasterios de la Orden de Cluny después de haber huido de Claraval³.

Considerando este documento como una pieza clave para comprender el pensamiento del santo en relación con la vocación religiosa, pasamos a continuación a analizar los párrafos que juzgamos más significativos:

I *"5- Asediado con tales sofismas, el niño crédulo se deja embaucar, sigue al seductor; lo llevaron a Cluny. Lo afeitan, le cortan el pelo, lo lavan; le quitan los vestidos rústicos, viejos y sucios, lo visten con otros preciosos, nuevos y limpios".*

II *"6- Retengan los que robaron y callen los que perdieron; y entre estas cosas, perezca el alma por la que Cristo murió. Y todo porque así lo quieren los cluniacenses."*

.....
III *"9- ...respóndate tu conciencia por qué te fuiste, por qué abandonaste tu orden, a tus hermanos, al lugar, a mí, que soy tu familiar según la carne y según el espíritu."*

IV *"De lo contrario, no te enorgullezcas sino teme, porque permíteme que te lo diga, cuanto te concedas más allá de lo que prometiste y observaste entre nosotros -me refiero a la comida, al vestido superfluo, a las palabras ociosas, a la disipación licenciosa y curiosa- esto sin duda ninguna, es mirar atrás, prevaricar, apostatar."*

V “10- ...Y, desdichado, llore yo no tanto la pérdida de mis esfuerzos fallidos como la caída miserable de mi hijo condenado.”

VI “13- ...Ay de ti, si soslayando la batalla, pierdes al mismo tiempo la victoria y la corona! Lo cual aparte de ti, hijo amadísimo, aquél que en el juicio puede infligirte mayor condenación a causa de ésta mi carta, si encuentra que no has sacado de ella ninguna enmienda.”
[El subrayado es nuestro]⁴

San Bernardo, es evidente, no aceptaba de buen grado el comportamiento de su joven primo, pese a que éste no abandonaba en realidad la vida monástica, sino que únicamente cambiaba de orden religiosa.

El asunto en sí, no parecía especialmente significativo, mención aparte de la consabida rivalidad entre órdenes religiosas, en este caso Cluny y el Císter (Claraval) y del parentesco cercano del monje en cuestión con el abad de Claraval.

Otras, pues, tenían que ser las razones profundas que se escondían detrás del gran malestar del abad, que es tan perceptible en esta Epístola prima⁵.

Así, en los textos I-II-IV-V y VI entendemos que el ingreso de Roberto como monje a la orden de Cluny, entrañaba la pérdida de su alma, sin atenuantes. En cambio, si él, reconociendo su error, volvía a Claraval este peligro estaría totalmente conjurado. En el texto III, el santo recuerda a su primo los lazos de parentesco (sanguíneo y espiritual) que los unen.

Dos, son pues, los temas centrales que podemos señalar en la Epístola prima:

A) La entrada al convento como condición sine qua non para evitar la condena eterna y más aún, *no* a cualquier convento sino muy concretamente a Claraval.

B) La huida de un familiar suyo de Claraval a Cluny.

Examinemos atentamente cada uno de estos temas:

A) “Se convertir au douzième siècle signifiait se faire moine, Parmi tous les chemins du ciel c’est celui du cloître qui paraissait incomparablement le plus direct et le plus sûr”⁶.

Evidentemente el permanecer en el “siglo” (el mundo) con todas las tentaciones que éste ofrecía era, qué duda cabe, perder para siempre el alma. San Bernardo mismo, había logrado evitar este peligro entrando al Císter⁷ después de varios años de lucha contra las tentaciones mundanas⁸.

Si bien es verdad que la mayoría de la población medieval no tomaba los hábitos⁹, es igualmente verdad que el hombre medieval vivía permanentemente con una cuota de temor a la condenación eterna. Esto explicaría muy bien la repentina piedad que invadía a muchos señores y que se traducía en grandes donaciones de tierras y otros beneficios para la constitución de grandes monasterios, llenos de hombres santos que *permanentemente* rogarían en vida del benefactor, por el éxito de sus empresas y después de muerto, por la salvación de su alma. De esta forma, la donación conllevaba una suerte de asociación -hermandad- entre el donante y los monjes, lo que atenuaba el riesgo de no convertirse y quedarse en el “siglo”¹⁰.

¿Podría hablarse en relación con las citadas donaciones únicamente de un cálculo frío por parte de los grandes señores? No exactamente, la medieval -recordemos- era una sociedad temerosa de Dios donde la religión tenía, en mayor o menor grado, un carácter instrumental¹¹. Donar tierras para fundar una Orden podría ser una buena inversión para el mejor de los dividendos: la salvación del alma.

Entrar al convento y hacerse monje no era suficiente para San Bernardo. Resulta muy claro que la única institución que es verdaderamente un camino al cielo era Claraval. Vistas así las cosas, tenemos que la ecuación resultante de la afirmación de COULTON¹², a) conversión + b) entrada al convento = c) salvación eterna, adquiere dentro de la lógica bernardina matices apodícticos, pues sólo se consigue el resultado c) si es que se da a) conversión + b) *entrada a Claraval*. Cualquier duda resulta excluyente frente al duro texto II. 6: “Retengan los que robaron y callen los que perdieron, y entre estas cosas, perezca el alma por la que Cristo murió. Y todo, porque así lo quieren los cluniacenses”¹³.

Aquí las severas críticas a Cluny llegan al clímax. ¿Eran fundadas estas repetidas acusaciones del abad de Claraval? 1119, el año de la Epistola prima, no es del todo feliz para la Orden de Cluny pues al frente de ella estaba el abad Poncio, del que por cierto no quedan muy buenos recuerdos¹⁴. Fue precisamente este abad el que informa a Roberto de las ventajas de la vida cluniacense, provocando así la fuga de éste de Claraval a Cluny¹⁵.

Así, en el texto I,5 nos enteramos de que al llegar Roberto a Cluny, lo lavan (¿bañan?), le cortan el pelo, lo afeitan y lo visten con vestidos nuevos, preciosos y limpios y en el texto IV,9 leemos que también es muy bien alimentado¹⁶.

Y continuemos leyendo:

“La salvación, ¿está más en el cuidado de los vestidos y en la opulencia de los alimentos que en la comida sobria y en el vestido ordinario?. Si las pellizas blandas y calientes, los paños finos y preciosos, las mangas holgadas y largas, la capucha amplia y la buena ropa hacen santo a uno ¿en que pienso yo que no te sigo? Mas éstas son blanduras de enfermos, no armas de luchadores. He aquí que quiénes se visten de trajes delicados moran en la casa de los reyes. ¿El vino, el mosto, los licores, y otras cosas parecidas luchan en pro del espíritu?. Con los guisos no se engorda el alma sino la carne... La pimienta, el perejil, el comino y otras muchas especies que entran en las salsas agradan ciertamente al paladar pero encienden la lujuria. ¿Y me prometes en ésto seguridad? ¿Y con ésto pasas una tranquila juventud? Al que vive discreta y sobriamente le basta por todo condimento sal con hambre. Cuando no se atiende a ésta sola, es necesario hacer diversas mezclas con no sé qué jugos extraños, que reparen el paladar, provoquen el gusto, exciten el apetito”.

“El ejercicio volverá a las cosas el sabor que les quitó la inercia. Muchas que rechazas ocioso, las tomarás con deseo después del trabajo. En verdad, el ocio engendra fastidio, y el ejercicio hambre; y el hambre vuelve dulce de una manera maravillosa lo que el ocio hace insípido. Legumbres, habas, peches, pan negro causan hastío ciertamente al que reposa, pero al que ha trabajado parecen grandes delicias. También desacostumbrado a las túnicas, les tienes horror, tanto por el frío del invierno como por el calor del verano. Mas ¿acaso no has leído: Al que teme la escarcha le vendrá la nieve? Temes las vigiliass, el ayuno, el trabajo de manos; pero estas cosas son ligeras al que medite sobre las llamas perpetuas”

.....
Finalmente si todavía de noche, como manda la Regla, te levantas con brío a cantar los salmos, muy duro será el lecho en que no duermas tranquilo. Si trabajas manualmente durante el día cuanto has profesado, duro será el alimento que no comas con gusto”¹⁷.

He aquí pues una interesante contraposición entre la observancia de la Regla benedictina en Cluny y en el Císter. Pongamos el acento en la segunda para delinear la silueta del monje cisterciense tal como la conciben el abad de Claraval y San Esteban Harding¹⁸:

^{1°} Aspecto: No se afeita, lleva el pelo más bien largo, no luce limpio, sus vestidos son todos sucios y cortos¹⁹.

- 2° *Empleo del tiempo*: Está siempre ocupado en duro trabajo manual durante el día y por la noche se levanta con brío a cantar los salmos.
- 3° *Alimentos*: Come legumbres, habas, peches y pan negro. Todo esto en estado natural y sin condimentos (“sal con hambre”).
- 4° *Bebidas*: Únicamente el agua.

El tópico de la vida monástica y de sus durezas es recurrente en San Bernardo y lo podemos encontrar en más de una de sus obras. Aludimos aquí concretamente a la “Apología a Guillermo, abad de Saint Thierry”²⁰ y a “De la excelencia de la nueva milicia” dedicada a Hugo de Paganis²¹, primer gran maestre de la Orden del Temple, muy alabada en este texto por el santo abad.

La definición del monje cisterciense es en resumen todo un conjunto de prohibiciones: no puede tener el cabello cuidado ni el hábito abrigado o largo, no debe comer más de lo estrictamente necesario, no debe beber más que agua, no debe rechazar el duro trabajo físico, etc.

¿Y cómo es entonces el monje cluniacense?

- 1° *Aspecto*: Se afeita, usa el pelo corto, luce cuidado con un atuendo lujoso y más bien mundano.
- 2° *Empleo del tiempo*: No realiza trabajos rudos, está dedicado a la oración y a ocupaciones manuales más bien de índole intelectual como la copia e iluminación de manuscritos, entre otras.
- 3° *Alimentos*: Come abundantemente y con buena sazón. Utiliza pimienta, perejil, comino y otras especias en la preparación de ricas salsas.
- 4° *Bebidas*: El vino, el mosto y otros licores.

Sin embargo en la “Apología a Guillermo”²² el santo afirma lo siguiente refiriéndose a la orden de Cluny:

“Lo he dicho ya y lo vuelvo todavía a decir: su manera de vida es santa, honesta, enriquecida por la castidad, recomendable por la prudencia, instituida por los Padres, ordenada por el Espíritu Santo y muy útil para la salvación de las almas.”

“De dónde viene²³, pues, el que se crea y se publique que reprendo a una Orden cuando persuado a mis amigos a rendirle servicio, a la que devuelvo a sus monjes que querían venir a vivir entre nosotros²⁴ y cuyas oraciones pido con tanta insistencia y recibo con mucha devoción.”²⁵

¿Es un inconsecuente San Bernardo? No necesariamente. Este frágil²⁶ abad de Claraval, de temperamento tan vehemente como apasionado, había probablemente olvidado la Epístola prima, escrita dos años antes bajo el imperio de una fuerte emoción²⁷. Pero su opinión sobre la observancia monástica cluniacense no había cambiado sensiblemente. Tanto así que años después en “De la excelencia de la nueva milicia”²⁸ delinearé la silueta del caballero templario, guerrero y monje a la vez, con características que lo acercan definitivamente más al monje cisterciense que al cluniacense. En el Temple:

“Se guarda perfectamente la disciplina y la obediencia es exacta... Se va y se viene al primer signo de la voluntad del que manda, se viste de lo que se da y no se osa buscar en otra parte ni el vestido ni el alimento. No se ve nada superfluo en el sustento ni en el vestido, contentándose con satisfacer la pura necesidad. Todos viven en común en una sociedad agradable y modesta sin mujeres y sin hijos, a fin de que nada falte de la perfección evangélica; de un mismo acuerdo moran todos juntos en una misma casa, sin propiedad alguna particular, teniendo un cuidado muy grande por conservar la unidad de espíritu en un lazo de paz. Diríais que toda esta multitud de personas no tiene sino un solo corazón y una sola alma. Tanto procura cada uno no seguir su propia voluntad, sino obedecer puntualmente el mandato del superior. No están jamás ociosos ni corren de aquí para allá deseando satisfacer su curiosidad... Una palabra insolente, una acción inútil, una risa inmoderada, una leve queja o la menor murmuración, no quedan jamás sin castigo en este lugar. El juego de ajedrez y de los dados se detesta aquí; la caza está en horror... Llevan sus cabellos cortos, sabiendo que según el Apóstol, es vergonzoso a un hombre mantener su cabellera. Jamás se rizan; se bañan muy raras veces; dejan sus cabellos del todo enrizados, al aire, cubiertos de polvo y negros por la cota de malla y por los vehementes ardores del sol”²⁹.

Es claramente perceptible que estos elogiados monjes-caballeros, la “militia Dei” son totalmente opuestos a la “militia saeculari” o “malitia”, y su forma de vida es significativamente parecida a la de los monjes cistercienses. Por contraste, la de los caballeros del “siglo” guarda más una semejanza con la de los monjes cluniacenses. Pero hay un detalle muy interesante en los caballeros de la “militia Dei” y es el que lleven los *cabellos cortos* exactamente igual como los monjes de Cluny. Los caballeros del “siglo” en cambio, llevan el cabello largo, tan acremente censurado por el santo abad: “Vosotros... lleváis al modo de las damas, grande cabellera, que os estorba ver lo que tenéis alrededor”³⁰. Pero en la “Epístola prima” leemos que los monjes de Cluny al llegar Roberto “... lo

afeitan, le cortan el pelo, lo lavan...” (El subrayado es nuestro). El comentario es sugestivo y decididamente equívoco, porque si Roberto necesitaba ser afeitado *es porque llevaba por lo menos una incipiente barba y lo mismo vale para el cabello, que lo tendría más bien largo*. Todo indica que en el lapso de 1119 a 1132 o 1136, el abad ha cambiado radicalmente en relación a este punto. ¿Qué había sucedido en Claraval? Probablemente, diecisiete años de fundada Claraval y más o menos quince años después de la “Charta charitatis” la disciplina cisterciense era menos severa³¹.

¿Dónde, pues, encontrar el justo medio para juzgar a estas dos Ordenes? No por cierto solamente en la posición comprometida y unilateral del santo de Claraval.

Cluny, abadía benedictina fundada en 910, en tierras del duque de Aquitania, Guillermo el Piadoso, cumplía sin mayores contratiempos el complejo rol que se le había asignado. En una época tan violenta, donde la decadencia de la vida religiosa era un estado de hecho, urgía reformar y establecer una vida monástica que respondiera a los clamorosos deseos de espiritualidad de la gente de la época. Por otra parte, los grandes señores comprendían también que únicamente un clero honesto rezando *permanentemente* por ellos, sería un adecuado lazo entre ellos y Dios:

“Puede decirse así que Cluny realizó ante la colectividad las funciones que ésta esperaba de una abadía en el siglo X. La importancia histórica de la abadía de Cluny consiste en que dio testimonio de una vida en pura santidad ante una sociedad que se aferraba desesperadamente a los valores espirituales e incluso sobrenaturales... El ejemplo de una vida de santidad que obedeció en el siglo X a una auténtica aspiración popular fue realizado en Cluny: la comunidad de carácter contemplativo y dedicada a la oración. La dignidad, el orden y en fin la magnificencia exterior³² de esta comunidad se hallaba en estridente contraposición con la anarquía y desenfreno imperantes en el mundo seglar, siempre visibles para el pueblo”³³.

Subrayamos aquí el carácter de aceptación popular y de disciplina religiosa que tiene esta Orden de origen eminentemente aristocrático³⁴. Era como si Cluny fuese un oasis de paz en una época muy turbulenta. De esta manera, la abadía cluniacense se colocaba en un nivel superior, colmando así las esperanzas de muchas atribuladas almas.

¿Colmaba también las esperanzas de la gente del último cuarto del siglo XI y del siglo XII³⁵. Aquí, la respuesta se revela complicada y sutil. Dejando de lado “el infeliz” período del abad Poncio³⁶ y de evidentes exageraciones en el lujo de los vestidos y en la abundancia de las comidas nada había cambiado

en Cluny, que mantenía sus mismos ideales y su relativa distancia de los asuntos seculares. Podríamos afirmar, por tanto, que el monaquismo cluniacense seguía siendo muy eficiente³⁷. Sin embargo, son precisamente, su atemporalidad y su uniforme vida monástica, tan necesarias en la época de su fundación, las que resultaban completamente insatisfactorias para los ideales de una *nueva* época, "... había una desazón en el aire. Los hombres que cincuenta años antes hubieran encontrado su sosiego en la establecida rutina de la vida monástica parecían dispuestos a realizar un nuevo experimento"³⁸.

Y así llegamos a la paradoja resultante de las críticas del abad de Claraval a Cluny. Este último reprocha a los cluniacenses su cambio de ideales, su desvío de los preceptos de la Regla benedictina de Montecassino, *cuando es precisamente la poca permeabilidad al cambio y la fidelidad a los ideales primeros*, lo que está causando ese desajuste generacional que San Bernardo toma equivocadamente como un distanciamiento de la primitiva Regla benedictina. Regla, que por otra parte, poco tenía que ver con Cluny que había sido fundada bajo los preceptos de la Regla *atemperada* de Benito de Aniano.

En este diálogo de sordos ¿cómo podían comprenderse benedictinos cluniacenses y benedictinos cistercienses? Estos últimos regidos desde 1119 por la "Charta charitatis" de San Esteban Harding, que superaba largamente en dureza a la propia Regla de Montecassino, y aquéllos, fieles a la observancia de la moderada Regla de Benito de Aniano. ¿Los separaba un abismo? En este aspecto de la vida monástica y en *este tiempo* pensamos que sí, pero ciertamente no infranqueable³⁹. Esto, por supuesto, no implica que las afirmaciones apodícticas y simplistas del santo de Claraval, fueran del todo exactas. Dicho en otras palabras, ni entrar a Cluny significaba condenarse sin remedio, ni todo el que profesase en Claraval se salvaba⁴⁰.

Las críticas se dan, es verdad, pero las más serias no son a Cluny, *sino a los fundamentos del monaquismo establecido* en el que también se incluye el Císter⁴¹.

B)⁴² En el caso de Roberto, la posición del santo se hace más irreductible, porque dejando de lado sus propias convicciones religiosas, éste último lo había herido doblemente al obstinarse ciegamente en permanecer en Cluny después de haber huído de Claraval.

En primer lugar, el cambio de Orden implicaba una crítica tácita a la Orden que se dejaba y el santo no era inmune al resentimiento. En segundo lugar *no es cualquier monje* de Claraval el que se va a Cluny, sino Roberto, su *primo en primer grado* y San Bernardo, como vemos en el texto III, tenía en muy alta estima los lazos del parentesco.

Estaba además acostumbrado a dirigir los destinos familiares y ninguno de su entorno próximo (tanto hombres como mujeres) había escapado a su vehemente celo persuasivo⁴³. Tanto así, que todos habían terminado, fueran casados o solteros, por tomar los hábitos en Claraval o en un convento femenino, en el caso de las mujeres, que mereciera su aprobación⁴⁴.

El matrimonio no era, como vemos, un obstáculo frente a la imperiosa necesidad de salvarse de la condenación eterna⁴⁵.

La ausencia de vocación religiosa para profesar y los riesgos que esto conllevaba no parecen inquietar mucho al santo. Sin embargo, no todos en el siglo XII pensaban de la misma manera. Así Roscelino de Compiègne escribirá a Abelardo:

*“Mais écoute cependant ce qui dit saint Grégoire, parlant de ceux qui se réfugient par peur dans la vie religieuse: ‘Celui qui fait le bien par crainte, ne s'éloigne pas tout à fait du mal...’”*⁴⁶

Y la propia Eloísa a Abelardo:

*“Si beaucoup de ceux qui s'engagent légèrement dans la vie monastique réfléchissaient d'avantage, s'ils examinaient à fond et scrupuleusement l'esprit même de la règle à laquelle ils se vouent, ils l'enfreindraient moins par ignorance, ils pécheraient moins par négligence. Mais aujourd'hui que tout le monde se précipite presque aussi aveuglément dans la vie monastique, on y vit plus irrégulièrement qu'on n'y est entré...”*⁴⁷.

Que Eloísa hablaba por experiencia propia, es muy claro, como que también el que durante muchos años de su vida monástica estuvo muy lejos de ser la monja perfecta y ejemplar que creíamos⁴⁸. A esto alude Suger, abad de Saint-Denis, cuando pide al Papa Honorio II que se le restituya el priorato de Argenteuil, donde precisamente Eloísa era la segunda autoridad en jerarquía: “El pontífice era un hombre de derecho y un protector de la justicia y nos restituyó el monasterio de Argenteuil, bien por razones objetivas, o bien debido a la escandalosa conducta de las monjas que en el vivían entonces”⁴⁹.

El caso de Eloísa no sólo resulta interesante, sino particularmente ilustrativo. Ella es una joven de buena familia que ha pasado varios años de su adolescencia nada menos que en este cuestionado monasterio de Argenteuil, de donde sale en 1115 para retornar tres años después como epílogo a sus trágicos amores con Abelardo. La educación conventual como garantía contra los peligros del siglo queda aquí seriamente cuestionada, pero más lo queda todavía el obligatorio ingreso de un(a) pecador(a) a la vida religiosa como expiación de sus culpas. La suposición, pues, de que por una suerte de

ósmosis, *todo* aquel que toma los hábitos se convierte, por efectos del diario transcurrir de la vida monástica, en un monje ejemplar está lejos de tener el carácter de un axioma.

¿Dónde reside la esencia del problema? Pensamos que en la *vocación religiosa*, o mejor aún *en la falta de ésta*.

El llamado e/o inclinación que supone una “vocatio”⁵⁰ no están contemplados en la sociedad del siglo XII como un presupuesto necesario para abrazar la vida religiosa. Por el contrario, en esta época, la vida monástica deviene en una *obligación*⁵¹ más que en una *legítima opción*, máxima aún más grave si contemplamos que esta obligación sólo pueden cumplirla aquellos miembros de la sociedad que tienen un determinado status económico y social⁵². Decimos que tampoco resultaría una legítima opción, pues ésta *sólo* se ofrece para aquellos miembros del estrato social señalado que, por diversas razones⁵³ quedasen desplazados del mundo secular. De donde resulta, que en un porcentaje muy alto, los monjes (o monjas) que pueblan un monasterio, se encuentran allí por motivaciones que poco o nada tienen que ver con una vocación religiosa. Que toda regla tiene excepciones. En efecto, qué duda cabe, si precisamente el abad de Claraval y Roberto, su primo, constituyen un excelente ejemplo de buenos monjes en el siglo XII, ya que, si bien los dos toman los hábitos sin una clara vocación religiosa⁵⁴, la vida monástica se revela para ambos como el camino ideal que buscaban. ¿También para Roberto? Sí, porque pese a que la Epístola prima no tiene el resultado deseado, esto es, su vuelta inmediata a Claraval, Roberto regresa allí en 1122, conducido nada menos que por Pedro el Venerable, abad de Cluny. Y para siempre, porque adaptado finalmente a la disciplina cisterciense se convierte en un monje ejemplar. Tanto así, que más adelante, sería enviado como prior a regir los destinos de la abadía de Maison-Dieu en la diócesis de Besançon⁵⁵.

A manera de conclusión, señalamos que la vocación religiosa, en el siglo XII, no es requisito para abrazar la vida religiosa. Todavía más, en esta sociedad cuyo sistema religioso podríamos calificar de “circuito cerrado”, *no solamente no se exige, sino mas bien se prescinde totalmente de ella como conditio sine qua non para la entrada al convento*. Y la paradoja resultante es que este tema, *el de la vocación religiosa*, sea el *gran ausente* en la Epístola prima del abad de Claraval que aborda precisa y detalladamente el tópico de la *vida monástica*. □

Notas

184 I. Roberto, mencionado por algunos autores como el sobrino Roberto, era hijo de Odón de Chatillon y de Diana de Montbard, hermana de la madre del santo, es decir, por tanto, primo en primer grado del abad aunque mucho menor que él. Cf. al respecto OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO B.A.C. 1970.

2. *SANCTI BERNARDI*, Epistola prima: Ad Roberto nepote suum qui de ordine cisterciensi transierat ad cluniacensem: Cf. J.P. MIGNE, *PATROLOGÍA LATINA*, t. I, p. 69.
3. *Claraval, fundada por San Bernardo en 1115 a pedido del propio San Esteban Harding, era una casa-hija muy importante de la Orden cisterciense.*
4. *La numeración arábigo pertenece al texto, la romana la hemos añadido nosotros para facilitar un cuidadoso análisis.*
5. *San Bernardo dice textualmente: "Lloro al arrebatado y le reclamo con violencia". Cf. Epistola prima.*
6. *"Convertirse en el siglo doce significaba hacerse monje. Entre todos los caminos que conducen al cielo, era el del claustro el que parecía sin comparación el más directo y seguro". Cf. Mg. COULTON, Saint Bernard guerrier de Dieu. SAINT BERNARD ET SON TEMPS. 1927-28, p. 126. (La traducción es nuestra).*
7. *Orden religiosa fundada por Roberto de Molesme en 1098, siguiendo el "espíritu y la letra" de la Regla de San Benito de Nursia (Montecassino). San Bernardo había tomado los hábitos en 1112, cuando tenía 22 años. Edad no muy temprana, teniendo en cuenta que las expectativas de vida en esa época eran de más o menos 30 años (edad promedio). Cf. E. ENNEN, Die Frau in der mittelalterlichen Stadt (La mujer en la ciudad medieval) y G. GRUPE, Umwelt und Bevölkerungsentwicklung im Mittelalter (Medio ambiente y desarrollo poblacional en la Edad Media). Ed. Bernd HERMANN, 1986.*
8. *"Viendo, pues, el santo mozo los grandes peligros en que estaba, comenzó a pensar cómo se libraría de ellos y se acogería a alguna religión como puerto seguro": P. RIBADENEIRA, S.J. "Vida de San Bernardo". OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. B.A.C., 1970. p. 6.*
9. *Lo que por otra parte hubiera sido imposible. No había tantos conventos ni cualquiera podía entrar al convento. El rango y la posición económica juegan aquí un rol significativo. Además mantener un convento era una empresa muy costosa.*
10. *Cf. al respecto J. WOLLASCH, Kaiser und Könige als Brüder der Mönche (Emperadores y reyes como hermanos de los monjes). DEUTSCHES ARCHIV für Erforschung des Mittelalters. Sonderdruck. Heft 1, 1984, pp. 1-20.*
11. *Cf. R. L. RUBIO DE HERNÁNDEZ, El esquema de poder clásico y las investiduras laicas, Boletín del Instituto Riva-Agüero (Lima), 12, 1983-1984, pp. 347-373.*
12. *Cf. nota 6.*
13. *Cf. Epistola prima.*
14. *Cf. J. WOLLASCH, Mönchtum des Mittelalters zwischen Welt und Kirche (Monaquismo medieval entre el mundo y la Iglesia), 1973, p. 155 y Cluny und Deutschland, 1992, en Studien und Mitteilungen zur Geschichte des Benediktinerordens und seiner Zweige, Band 103/ Heft 1.*
15. *Aún así, las críticas del fundador de Claraval resultan demasiado duras. Un abad no es toda una Orden y eso lo sabía muy bien el santo. Destacamos que la virulencia de sus ataques está condicionada a la identidad del monje en cuestión. Se trata de un caso que lo toca personalmente.*
16. *Cf. Epistola prima.*
17. *Cf. Epistola prima.*

18. Prior del Císter y autor de la famosa "Charta charitatis" obra capital -Regla- para comprender la disciplina cisterciense en esa época. Al decir de muchos la "Charta..." prescribe una observancia bastante más dura que la de la Regla de Montecassino. Estaría fechada en 1119, esto es, en el mismo año de las tantas veces aludida Epístola prima.

19. Para este punto concreto, ver texto I al comienzo de este trabajo.

20. "¿Cómo se puede decir que guardan la Regla esos monjes que llevan hábitos aforrados, que estando sanos, comen carne o usan de la manteca, que en un día toman tres o cuatro platos, contra la prohibición de la Regla, que no hacen el trabajo de manos que ella les manda y, en fin, que truncan, aumentan y disminuyen muchas observancias según su fantasía?". Cf. Apología ad Guillelmun. J.P. MIGNE, op. cit.

21. De laude novae militiae ad milites templi. Cf. J.P. MIGNE, op. cit.

22. Cf. nota 20.

23. De la Epístola prima, podríamos responder.

24. El paso de monjes o monjas de un convento a otro era frecuente en la época, sobre todo si se considera que muchos eran ofrecidos al convento desde el nacimiento y como es obvio no tenían la posibilidad de opinar al respecto. Eso sí, en principio, no era ético que una Orden recibiese a los que huían de otra Orden; pero no todas las instituciones religioso-monásticas eran muy escrupulosas en lo que a esto respecta.

25. Apología a Guillermo. OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. B.A.C.

26. Bernardo de Montbard sujeto a continuos ayunos tenía el cuerpo "...tan flaco y consumido que parecía que no tenía su carne...". Cf. P. RIBADENEIRA, S.J. op. cit., p. 41.

27. La "Apología a Guillermo" data probablemente de 1121. Es en todo caso considerada como posterior a la Epístola prima.

28. "De laude novae militiae", opúsculo que San Bernardo escribe en fecha incierta, entre 1132 y 1136, a pedido de Hugo de Paganis, fundador del Temple, elogiando a la nueva milicia y consagrando así ante el mundo cristiano a esta Orden de monjes-soldados. Para un detallado análisis de este singular documento. Cf. R. L. RUBIO DE HERNÁNDEZ, De laude novae militiae ad milites templi. Les débuts du Temple et l'intervention de Cîteaux. (Los inicios del Temple y la intervención del Císter), tesis doctoral. Estrasburgo, 1975, pp. 104 a 115.

29. Cf. De la excelencia de la nueva milicia. (De laude novae militiae). OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. B.A.C.

30. Ibid.

31. Anotamos de paso que esta apariencia del monje cisterciense en su época de mayor austeridad, estaría muy acorde con la de los miembros de los movimientos religiosos de reforma conocidos como "Pauperes Christi", salvo el detalle del largo de los cabellos porque Robert d'Arbrissel, abad de Fontevraud, uno de los Pauperes Christi más famosos lleva cabellos cortos. Cf. R. PÉRON, Les femmes au temps des Cathédrales, p. 163.

32. El lujo y la magnificencia como características de la autoridad no son necesariamente rechazados por el pueblo. Cf. R.L. RUBIO DE HERNÁNDEZ, El lujo y la pompa como símbolos de poder. 1993 (en prensa).

33. J. DHONDT, La alta Edad Media. 1974, p. 240.

34. *"Un espectador de hoy quizá pudiese constatar en la piedad de Cluny una falta de espontaneidad religiosa, pero la abadía no deseaba impresionar a los hombres del siglo XX, sino que se orientaba en los ideales de hace diez siglos... Para comprender la veneración del pueblo por los ideales de Cluny, no se debe olvidar que esta abadía poseía un carácter aristocrático, tanto por lo que hacía a la clase social de la que sus monjes procedían, como por lo que se refería al modo de vida de esos mismos monjes". J. DHONDT, op. cit., p. 240.*

35. *Es decir, la época tratada en el presente trabajo.*

36. *Cf. J. WOLLASCH, Mönchtum des Mittelalters zwischen Welt und Kirche (Monaquismo de la Edad Media entre el mundo y la Iglesia).*

37. *Por ejemplo, colabora activamente en la reforma emprendida por Gregorio VII, un Papa salido de las filas de Cluny.*

38. *R. W. SOUTHERN, La formación de la Edad Media. 1984, p. 177.*

39. *La severa observancia de la Charta charitatis no duraría mucho en el Císter, tanto así que en pleno siglo XII, aún en vida de San Bernardo, cluniacenses y cistercienses rivalizarán por su injerencia en asuntos mundanos.*

40. *El lector poco avisado que leyera esta Epístola prima, tan apasionada como violenta, sin el adecuado marco referencial podría llegar a la apresurada conclusión del total desprestigio de la Orden de Cluny en 1119. Conclusión, sin duda, precipitada, habida cuenta que el Papa Calixto II (¡nada menos que el firmante del Concordato de Worms!) fue elegido como tal primero en la abadía de Cluny y después confirmado en Roma.*

41. *Aludimos aquí a la postura crítica tanto de los grupos de "Pauperes Christi" como a la de los de "Vita apostolica".*

42. *Cf. Remitirse a la división de temas que se hace al comienzo de este trabajo.*

43. *Mención aparte de André de Montbard, hermano de la madre del abad de Claraval, que entra a la Orden del Temple donde llega a ser Gran Maestro, sin perder por esto la estrecha amistad que lo unía a su sobrino. Pero éste es un caso totalmente excepcional. Más de un medievalista se ha sentido fascinado por el incondicional apoyo que San Bernardo prestó a la Orden del Temple y se ha preguntado por las razones del mismo. Cf. R.L. RUBIO DE HERNÁNDEZ, Présence d'André de Montbard dans le Temple. Les débuts du Temple et... pp. 116-135.*

44. *Así, sus hermanos Andrés, Guido, Gerardo, Nivardo, como su única hermana Humbelina, casada, su cuñada, su tío Viderico y su propio padre ya anciano habían terminado finalmente por plegarse a los imperiosos deseos del santo, tomando los hábitos. Cf. P. RIBADENEIRA, op cit. p. 8. (El subrayado es nuestro).*

45. *Dentro de la ética cortés, en la que también se mueve el entorno del santo, el matrimonio tiene más bien el carácter de un contrato. Que el abad de Claraval y otros muchos prelados conocían las leyes del mundo cortés, no cabe duda. Régine PERNOUD nos ofrece una insospechada y bella carta del abad a Emmegarde, hija de Foulques d'Anjou, monja cisterciense, y comenta: "...Saint Bernard a su trouver pour Emmegarde, le ton même de la poésie courtoise." ("...San Bernardo supo encontrar para Emmegarde, el tono preciso de la poesía cortés.") Cf. R. PERNOUD, La femme au temps des cathédrales. 1980, p. 181 (La traducción es nuestra).*

46. *"Escucha, sin embargo, lo que dice San Gregorio hablando de aquéllos que se refugian*

en la vida monástica por miedo: Aquel que hace el bien por temor no se aleja del todo del mal". Cf. HÉLOISE ET ABÉLARD: "Lettres, suivie de quelques textes contemporains". 1964, p. 249. (La traducción es nuestra).

47. "Si muchos de los que se comprometen ligeramente en la vida monástica, reflexionaran más y examinaran profunda y escrupulosamente el espíritu de la regla a la que se consagran, la infringirían menos por ignorancia y pecarían menos por negligencia. Pero actualmente todo el mundo se precipita casi ciegamente a la vida monástica y vive allí más irregularmente de lo que vivía antes." Cf. HÉLOISE ET ABÉLARD, op. cit., p. 181. (La traducción es nuestra).

48. Podríamos decir que sin motivo, dado que la propia Eloísa en sus "Cartas" es muy explícita en lo que a esto concierne. Sin embargo: "De Billon a Lamartine, de Jean de Meun a Rousseau, a Etienne Gilson, ninguno habría podido tolerar otra imagen que la de una Eloísa poco menos que perfecta y menos aún que estuviera entre las pecadoras escandalosas que tenía enfiladas Suger de Saint-Denis". Cf. M.T. FUMAGALLI, Eloísa la intelectual. La mujer medieval. Edición de F. Bertini, 1991, p. 154.

49. En 1129, año de la petición de Suger, Eloísa llevaba ya algo más de diez años en Argenteuil y tenía casi 30 años. En la época de su trágico romance con Abelardo, era una jovencita de unos 16 ó 18 años. Podría objetarse parcialidad en Suger, conocido aliado de San Bernardo en su persecución contra Abelardo, pero en este punto la apreciación de Suger está más que confirmada por la propia Eloísa. Hace más de una veintena de años que la crítica especializada considera las "Cartas" como fuente muy valiosa para el estudio de la vida conventual en el siglo XII. Citamos entre muchos, los trabajos de P. DRONKE, "Abelard and Heloise" en Women Writers of the Middle Ages (Cambridge, 1984) y L. GEORGIANNA, Any Corner of Heaven: Heloise's Critique of Monasticism, Medieval Studies, 49, 1987. Cf. M.I. FUMAGALLI, op. cit., p. 176.

50. VOCATIO, Llamamiento [...]. Inclínación nacida de lo íntimo de la naturaleza de una persona hacia determinada actividad o género de vida.

V. Religiosa... Inclínación a la vida monástica [...] M. MOLINER, Diccionario de uso del español. Tomo H-Z. 1977. p. 1545. Cf. al respecto también A. SLEUMER, Deutsch-kirchenlateinisches Wörterbuch (Diccionario alemán-latín eclesiástico), 1962, p. 41.

51. Postulado básico de la ética bernardina.

52. Hemos señalado ya que mantener un convento es siempre una empresa muy onerosa.

53. Soltería, viudez, falta cometida (caso de Eloísa y Abelardo) o motivos claramente políticos como el evitar la división del patrimonio familiar. Así, el mayorazgo, quién hereda título y fortuna, dona una parte de sus bienes a un monasterio, con la cláusula expresa de que un miembro directo de su familia dirija los destinos de dicha fundación, como abad, o lo que prácticamente es lo mismo, como un señor feudal religioso. Lo mismo vale también para las mujeres.

54. Ambos entran por el temor a perder su alma.

55. Cf. al respecto, OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO. B.A.C., p. 1097.